

PRECIO
DE SUSCRICION.

MADRID.

Trimestr. 10 rs.
Año. . . . 40 »

PROVINCIAS.

Trimestr. 12 rs.
Año. . . . 40 »

LA IBERIA,

DIARIO LIBERAL.

EDICION SATÍRICA.

Sale á luz, con caricaturas, todos los lunes.

PRECIO
DE SUSCRICION
los suscritores de
las ediciones gran-
des y pequeñas de
LA IBERIA, pasado
el mes de enero.
6 reales el trimes-
tre en Madrid.
8 reales el trimes-
tre en Provincias

LA PESCA DE LOS MINISTROS.



Era una reunion de *escelencias* en uso, de distribuidores de gracias, y de pescadores de *bimanos*, congregada para confeccionar la olla podrida de la conciliacion.

Figúrense nuestros lectores á O'Donnell sentado en el tripode del gran pescador, caña en mano, tendiéndola en seco, y echando el anzuelo para cojer en él un ministro de Marina, que busca y pide con mucha necesidad.

La tranquilidad aparente del bermejo iba ya á dar al traste con aquella operacion, cuando sus colegas prorumpen en destemplados gritos, exclamando: «Tragó el anzuelo; tira, tira, ya vemos el busto.»

Todos se afanaron para cojerle, segun el amo levantaba la caña; pero al ver aquella figura esmirriada y cadavérica, Diaz dió un salto atrás, diciendo: «Si seré yo, trasformado en otro colega. Ese busto...

—¿Qué busto, compañeros?—siguió el domine;—es un *bustillo* que está espirando antes de nacer. Esa criatura no es viable: aproximadla al olfato un frasquito de agua de colonia. Antoñito, tú tan buen *conciliador*, haz que se reconcilie con la vida.

—¡Empeño inútil, señor! Yo no tengo el poder de resucitar cadáveres. ¡Si está yerto!

Entonces Paster Diaz, con voz de fámulo doliente enjuta de sentido, exclamó:

¡Triste fin, negro dolor!

¡Ver la vida, y espirar!

Ante tan duro rigor

Vacila ya mi valor...

SERRANO.

Pues no es mucho vacilar.

Hablando en estilo llano

Diré á la pata la llana

Que en marino y en gitano

Es partida bien serrana

La que se hace á este serrano.

—Calma, don Paquito, [calma, que no hay nada perdido;—dijo Antoñuelo:—aquí está el bravo Luxán, que ha dicho en el Senado que cuando él fué por primera vez á la casa del Fomento, halló en montes abogados, escribanos, militares y toda casta de pájaros; con que, diga él entre toda esa casta, á quien tendemos el anzuelo. Pronto se verá la obra de la conciliacion perfeccionada.

—Así será,—continuó el del arete;—para progresar en la linea liberal, ya cuentó con Cañete, hechura de San Luis, mozo de empuje en todo lo de progreso: porque yo, que progresista nací, puedo decir como don Juan Tenorio:

Yo en el progreso nací,

De mi padre lo heredé,

Con el progreso crecí,

¡Sin él, qué fuera de mí?

Por eso yo progresé.

Antoñito se sonrie, y siguiendo el mismo rumbo prosigue:

¡Oh! bien haya el limpio arete

Que refulgente destella

Cual gloria del Gabinete!

Si tú llevaste un Cañete,
Yo me he llevado una Estrella.

El Júpiter, como hombre que no entiende de leyes ni de repulgos de principios, dice:—De Juan á Pedro no vá un dedo, con que adelante con la *conciacion*; pero esta caña me cansa, y soy capaz de echarlo todo á rodar y de irme á cuidar del moscatel de Somos-Aguas.

—Paciencia, hermano,—esclama el repostero de la compañía;—que no todos son de las tragaderas de Antoñito y de las mias. Me ocurre resucitar la idea del flamante marqués, obligando á todo español á ser *insaculado*, y al que le toque el mochuelo que cargue con la cartera de Marina.

—Calla, profano,—dijo el Júpiter.—¡A mí, á quien tantas contorsiones han hecho! ¡A mí, que tanto he deshecho! ¡A mí, que tanto he repartido!

De repente pregunta si se podría enviar un despacho telegráfico á Escosura. Antoñito ofreció consultar sobre el particular al general Iriarte, y el cotarro queda esperando la contestacion. Entre tanto el bermejo, tendiéndose cuán largo es, prorrumpe en esta queja:

¡Ah! ¡Quién diria,
que presupuesto y sable no servia?

Las concesiones de Antonelli.

No habiendo satisfecho completamente á los romanos las últimas concesiones que la corte pontifical ha tenido la bondad de hacerles, parece que el Gobierno papal se ocupa de concederles otras.

Nosotros, cronistas bien informados, podemos reproducir la sesion que hace pocos dias tuvo lugar en Roma.

Esta grave reunion se componia de un presidente y un miembro de la Asamblea gubernamental.

El presidente era el cardenal Antonelli; el miembro se llamaba Merode. El primero debia proponer, el segundo aprobar.

En los debates que se refieren á los negocios del Estado, es preciso que no intervenga mucha gente, porque los negocios se retrasan; y sobre todo, tratándose de concesiones, se alargan hasta impacientarse á los Gobiernos.

El presidente toca la campanilla; reina un silencio profundo en la Asamblea. Merode, que tenia necesidad de limpiarse las narices, vuelve el pañuelo al bolsillo.

—Parece,—dice el cardenal,—que nuestras concesiones no han producido en Roma el menor efecto. Francamente, yo no esperaba otra cosa; jamás está uno contento con lo que tiene. Si sois bueno, abusarán de vuestra bondad; prestad mil reales á cualquier persona, y al dia siguiente os pedirá dos mil: así es el género humano, y así será en adelante.

—¡Bravo!—esclama la Asamblea poniéndose en pié, como si obedeciera por un resorte magnético á la influencia de una sola voz.

—Pero yo quiero abrumar á los romanos con mis beneficios; si las primeras concesiones no los han sido suficientes, yo les haré otras.

—¡Será posible!—esclama Merode.

—Sí es posible, y para eso os he reunido aquí.

—Pero ¡qué más puede concedérseles?

—Nuestra generosidad dará con ello. En efecto, viendo el mundo que los romanos, á pesar de todas las atenciones que en ellos tenemos, permanecen frios hácia nosotros; el mundo, digo, reconocerá la ingratitud de este pueblo, y no se dignará ocuparse de él en adelante.

—¡Bien pensado!

—Aquí traigo un resumen de todas las nuevas concesiones que debíamos hacer á esos ingratos.

El presidente despliega una lista de enormes dimensiones.

—¡Todo eso!...—esclama la Asamblea sin poderse contener.

—Sí; y aun creo que he de añadir algo.

«Artículo 1.º Pondremos en libertad las cien personas arrestadas hace quince dias.»

—Pero esos son aquellos cuya inocencia hemos reconocido plenamente, aquellos que yo quise echar á la calle al dia siguiente de prenderlos, á lo cual os opusisteis, diciéndome que convenia continuáran en sus calabozos; porque para soltar, nunca hay prisa, así como para prender, siempre es tarde. Esta es una máxima inconcusa de todo buen Gobierno como el nuestro.

—Ciertamente, lo hacía con el objeto de soltarlos mañana; yo consiento en hacer concesiones, pero no quiero poner en libertad á los presos peligrosos.

—Teneis razon.

«Art. 2.º El conserje de mi casa tendrá un aumento de sueldo de un escudo y 25 bayocos por año.»

—¡Qué bondad!

«Art. 3.º Todo romano, sin distincion de clases, podrá libremente felicitarme los dias de mi santo, y hasta hacerme el obsequio que guste, del género que quiera, sin que nadie pueda ponerle tasa.»

—Francamente, es demasiado conceder.

—Os he dicho al comenzar mi discurso, que me proponia abrumarlos con mis beneficios.

«Art. 4.º Con una partida del último San Pedro, compraré un uniforme nuevo á todos los zuavos pontificales.»

—¡Qué contentos y qué orgullosos se van á poner los romanos, cuando vean que el que los lleva á la cárcel, vá de los piés á la cabeza vestido de nuevo!

«Art. 5.º Los romanos tendrán el derecho de entrar en su casa y acostarse á la hora que se les antoje; podrán comer en la *Tratoria* que gusten, y pasearse en número de tres, sin miedo de que la policía les obligue á disolver el grupo.»

—Esta última concesion es tal vez peligrosa. Tres hombres juntos son muchos.

—Ya cuidaremos de que sean siempre vigilados por otros tres gendarmes.

—Eso es otra cosa.

—Continúo mi enumeracion.

—Es inútil. Los primeros artículos me dan una idea suficiente de los restantes.

—¡Los aprobais?

—Vacilo.

—¡Por qué razon?

—Porque todo el mundo tomará nuestra bondad por debilidad.

Y satisfecha la Asamblea de la generosidad con

que habia procedido, dió gracias á Dios por tan buena inspiracion, y se retiró para recibir en público las ovaciones de los romanos.

¡Roma está salvada!

EL EMPERADOR DEL INFIERNO.

I.

Cuéntase que Luzbel se cansaba de estar en el infierno. La ociosidad es madre del *spleen*, y Luzbel está ocioso desde no sé cuántos siglos há, pues los hipócritas le han usurpado hasta el trabajo de tentar á las personas virtuosas. Sentado en su cómoda silla de hierro candente, cubierto el cuerpo con su gran bata purada con sangre de niño, y la cabeza con un gorro negro, provisto de dos agujeros que dejaban paso á las retorcidas astas de aquel Emperador infernal, calzados los piés de macho cabrío con abrigadas babuchas de piel de ahorcado, y metidas en los bolsillos, ribeteados de piel de zorra, las manos, cuyos dedos son todos iguales en longitud, fumaba filosóficamente cierto dia un cigarro de dos cuartas y media, contemplando una danza de brujas, secas, canosas, súcias y desdentadas, y murmuraba con despecho:

¡Siempre igual! Nécias mujeres,
inventad otras caricias,
otro mundo, otras delicias,
ó maldito sea el placer...

Pero de pronto, en un rincon del infierno se levantó un vocerío, y Luzbel, volviendo el rostro, preguntó con indiferencia:—¡Hola! perdidos, ¿qué es eso?

—Señor, contestó un diablillo, acercándose y poniendo una rodilla en el suelo:—Acaba de llegar un mandarin de la tierra, y sus víctimas le están golpeando.

—Que se presente ante mí ese perillan,—dijo Luzbel; y un momento despues el alma del pobre mandarin, desportillada por varias partes, con una ala rota, una pierna de menos y un brazo desconcertado, se arrodilló gimiendo y llorando en su presencia.

—¡Hola! ¿eres tú, buena pieza?—esclamó Luzbel al verle:—tiempo hace que te esperaba, pero parece que no tenias gana de visitarme.

—Nó, en verdad,—suspiró, el desgraciado;—he procurado vivir cuanto he podido, y declaro que me he muerto contra toda mi voluntad, ó por mejor decir, no me he muerto, sino que me han asesinado.

—¿Qué más dá? Pero ya que ha sido tan á disgusto tuyo, haré que ahorquen á tus asesinos.

—Si, señor, si; debéis tomar mi venganza como propia, porque ya sabeis lo bien que siempre os he servido...

—¡Bah! ¿Vienes á buscar agradecimientos en el infierno? Haré que ahorquen á tus asesinos porque me conviene. El hombre es, sobre todo, inclinado á imitar los ejemplos que se le dan por los mayores en edad, saber y gobierno: viendo que el Estado ahorca, saca tú la consecuencia. En este sentido, la pena de muerte es ejemplarísima.

—Señor: yo he creído siempre que lo era tambien concepto.

—Peor para tí. Pero dejemos esto; ¿por qué te pesaba tanto morir?

—Señor: dejar de mandar en el mundo para venir á ser asado al infierno, me parecia lo mismo que cambiar una onza de oro por un pescocozn.

—¿No te cansabas, pues, de mandar?

—¿Cansarme! ¡Todo lo contrario! Mis súbditos, que unos por miedo y otros por interés me apellidaban siempre el mandarin modelo, son los que se han cansado de verme mandar.

—En ese caso, el mandar en el mundo debe ser una cosa entretenida.

—Es tener la espada y cuatro estuches más, y jugar al tresillo con el pueblo.

—¿Si me distraería yo reinando?

—¿Quién lo duda?

—¿Se ha enterrado tu cadáver?

—Nó... aún no ha visto nadie que soy un cadáver.

—Pues voy á reemplazarte.

—Señor, no os tomeis ese trabajo; yo volveré...

—Quita allá.

Y dándole un puntapié, arrojó Luzbel á su sitio al mandarin (que lo habia sido de la Meropottandia). Hecho esto, se puso en pié y dijo al infierno:—Incandescente reino mio: sabrás como tengo por conveniente dejarte huérfano de mi presencia. Goza de las vacaciones que te dá tu señor y amo, y confía en que volveré á incomodarte. En mi ausencia, representará mi autoridad una gigantesca calabaza que he mandado traer de España. Quédate en paz, y que la calabaza, ó por mejor decir, el calabazon, te la depare buena. Hasta más ver,

Un segundo despues estaba Luzbel convertido en mandarin terrestre, y rodeado de sus cortesanos.

II.

Lo primero que hizo el Rey de los abismos en cuanto se encontró en su Trono terrestre, fué anunciar que quería dar audiencia, y apenas lo habia anunciado, cuando se le presentó un antiguo amigo suyo, que era el mayor ladron que se habia conocido en el mundo.

Luzbel quiso disimular quién era; pero el bandido no se dejó engañar por las apariencias, y le saludó diciéndole:—Felices dias, compadre Luzbel.

—Veo que me has conocido,—le dijo el diablo,—y no finjiré contigo, camarada; pero guárdame el secreto, porque estoy aquí de incógnito.

—¿Y para eso te sientas en un Trono? ¡Vaya un disimulo! Pero no tengas cuidado, que nada diré... con tal de que me sirvas.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Poca cosa. Yo, como sabes, vivo de robar. Es el oficio tradicional en mi familia, y con él se han hecho ricos todos mis antecesores. Pero de algun tiempo á esta parte andan bastante mal mis negocios. Los vecinos de este país se arman, y cuando trato de despojarles de lo suyo me enseñan, éste, la boca de una pistola; aquel, la de una escopeta, haciéndome volver á mi casa con las manos vacías. Esto no me conviene. Dá una orden prohibiendo á los vecinos armados usar armas, te obedecerán, los encontraré desarmados, y les saquearé sin compasion.

—Pero eso no me conviene en mi calid?

blo. Si prohibo las armas, habrá menos muertes violentas...

—¡Qué inocente eres! ¿Crees que quien quiere cometer un crimen, no busca armas aunque estén prohibidas? Lo que hace todo criminal es asesinar, si puede, con armas ajenas para no ser descubierto. Créeme: la prohibición de armas no impedirá una riña ni un asesinato, y será un gran beneficio para todos nosotros los malhechores.

El diablo accedió a los ruegos del bandido, y publicó un decreto prohibiendo en sus Estados el uso de armas.

Los cortesanos, como de costumbre, aplaudieron y gritaron:

—Hé aquí una gran providencia. ¿Podía verse una cosa más repugnante, más opuesta a la moral, más anti-civilizada, más absurda que el pueblo armado? Las armas solo deben tenerlas determinados individuos, pero los demás ¿para qué?

Y mientras los cortesanos hablaban, el bandido y sus gentes hacían su agosto, y el diablo se reía murmurando: «Esto en verdad tiene algo y aun algo de divertido.»

(Se continuará.)

REMEDIO CONTRA EL AMOR.



¡Muchos hombres se han perdido
por el amor de una artista.
¿Pero quién será el Cupido
Que ante estas caiga rendido?.....
Lectores, volved la vista.

El morir como el vivir.

La Union está desunida;
la situación se derrumba
silbada y escarnecida...
La que arrastró mala vida
no puede hallar buena tumba.

Verruga de los partidos,
desecho de las fracciones,
los a la Union acojidos
son los tráfugas unidos
por sus propias ambiciones.

Este por ser diputado,
por ser empleado aquel,
todos la escala han bajado,
y todos se han entregado
en cuerpo y alma a Luzbel.

Y como Luzbel es mozo
que no se anda con monadas,
dióse a comprar sin rebozo,
dando con mucho alborozo
comisiones y embajadas.

Además de otro turrón
que ha repartido sin tino,
pues pagaba la nación,
y todo el mundo es rumbón
con dinero del vecino.

Mas tanto gritó Luzbel,
«¡Al higuí!... ¿quién más se vende?...»
que formándose un burdel,
la Union es otra Babel
en que ninguno se entiende.

Cada cual á toda costa
quiere aumentar la cucaña,
que es á su ambicion angosta...
La Union es una langosta
que ha caido sobre España.

Pero ha llegado ya el dia
en que, pese á su ambicion,
despues de tanta alegria
se encuentra con la agonía
y pide la Extrema-Union.

Y hasta aquellos que á porfia
y sin perdonar registro
merodeaban noche y dia,
se alejan viendo vacia
una silla de ministro.

Porque la Union está yerta,
y es árbol que se descuaja;
y al verla livida y muerta,
todos huyen de su puerta
por no tocar su mortaja.

Por eso se halla vacante
la cartera de Marina,
y el Gran Cristiano anhelante
va fijando suplicante
este anuncio en cada esquina:

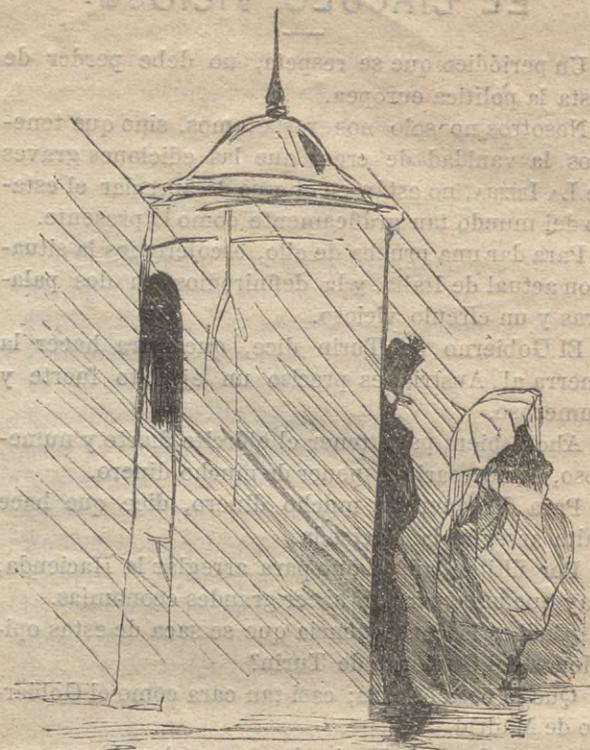
«Si algun español quisiese
»ser ministro de Marina,
»por muy zopenco que fuese,
»obtendrá cuanto pidiese
»y además una propina.»

Pero cada ciudadano
dice: «¿Con que necesita
un ministro el Gran Cristiano?...
Perdone por Dios, hermano,
que la Union está maldita.»

Y huye, añadiendo en seguida:
«La situacion se derrumba
silbada y escarnecida...
¡La que arrastró mala vida
no puede hallar buena tumba!»



Un casero neo-católico, que dice que degenera constantemente la especie humana, ha mandado construir un maniquí de un pie de altura, y hace sus casas á la medida del maniquí. Dice que de este modo las habitaciones serán adecuadas á las generaciones futuras.



Este monumento infesto
Se debe al duque de Sesto.

GRAMATICA UNIONISTA.

CONJUGACION DEL VERBO COMER.

INDICATIVO.

- Presente.* UN UNIONISTA. — Yo como.
Imperfecto. UNA VOZ SEPULCRAL. — Yo comía.
Perfecto. (¡Perfecto!) UN DISIDENTE. — Yo comí.
Futuro. UN EX-DISIDENTE (frotándose las manos). — Yo comeré.

IMPERATIVO.

EL JÚPITER CON ESPOLINES. — Come... ¡y vota tú!
(Aparte á la mayoría.) Comed y votad vosotros. (Mirando á los dudosos.) Que coman y voten aquellos.

SUBJUNTIVO.

- Presente.* UN RESELLADO. — Coma yo y... (punto en boca).
Imperfecto. UN DISIDENTE CONDICIONAL. — Comiera, comeria y comiese, si...

INFINITIVO.

Coro final. ¡COMER!

PARTICIPIO.

EL PAÍS. — Comido...



La época de Carnaval en Madrid no cesa nunca, pues vemos, aunque no hay turcos, que sobran siempre las turcas (1).

(1) Claro es que no importa que lleven paraguas.

EL CIRCULO VICIOSO.

Un periódico que se respeta, no debe perder de vista la política europea.

Nosotros no solo nos respetamos, sino que tenemos la vanidad de creer que las ediciones graves de LA IBERIA, no están en el caso de apreciar el estado del mundo tan gráficamente como la presente.

Para dar una prueba de ello, escojéremos la situación actual de Italia, y la definiremos en dos palabras y un círculo vicioso.

El Gobierno de Turin dice, que para hacer la guerra al Austria es preciso un ejército fuerte y numeroso.

Ahora bien: para tener el ejército fuerte y numeroso, es necesario disponer de mucho dinero.

Para disponer de mucho dinero, dice que hace falta arreglar la Hacienda.

Por último, añade que para arreglar la Hacienda, hay que empezar por hacer grandes economías.

¿Cuál es la consecuencia que se saca de estas opiniones del Gobierno de Turin?

Que la cosa es cara; casi tan cara como el Gobierno de Madrid.

Para ordenar la Hacienda, es preciso hacer economías; sin economías, no hay ejército fuerte y numeroso; sin ejército fuerte y numeroso, no se puede hacer la guerra al Austria; sin hacer la guerra al Austria, no se vá á Venecia; sin llegar á Venecia, no se vá á Roma; sin entrar en Roma, no hay capital; sin capital, no hay Italia, y aquello está... *sicut erat in principio.*

Hé aquí la situación italiana actual, en dos palabras.

Hé aquí el círculo vicioso.

El casero y el agente.

En una de las principales calles de esta córte y en el piso segundo de una casa recién construida, vivia un agente de negocios.

En el cuarto principal habitaba el propietario de la finca, hombre tan rico como tacaño, antiguo diputado, senador moderno, y actual empleado de la turrонера union.

Las malas lenguas designan hoy á este animal presupuestivo con el nombre de resellado ó renegado.

Una noche, á las tres de la madrugada, fué despertado el agente de negocios por unos gemidos lastimeros que salian de la habitacion del propietario. Levántase, acude y percibe un fuerte olor de carbon. Llama y no se le responde. Quiere forzar la puerta y le es imposible.

En medio de su apuro vé que encima de la puerta hay un tragaluz cerrado con tres cristales. Corre á buscar una escalera, rompe los cristales y el aire penetra en aquella habitacion, cuya familia iba á ser asfixiada por el óxido de carbono de una estufa mal apagada. Cuatro personas fueron salvadas: el padre, la madre, y dos hijas ya mozas.

Al siguiente día, nuestro jóven agente de negocios vió entrar en su gabinete al propietario presupuestivo, reclamando veinticuatro reales por los tres cristales del tragaluz que le habia roto la noche anterior.

—Pero hombre,—le dijo el agente,—¿así corresponde á Vd. al servicio que le he hecho salvándole la vida?

El casero contestó: —Una cosa es el agradecimiento y otra la cuenta que acabo de pagar al vidriero: demasiado hago que no le pongó réditos.

El agente, al ver la generosidad de su casero, le respondió:—Voy á corresponder á su fineza, dándole gratis tres puntillones.—Pero el casero, hombre económico, tomó las de Villadiego sin recibir más que dos. En medio de la escalera gritó:—Ya vé Vd. que le perdono uno, pero lo añadiré á la cuenta del vidriero.—El agente replicó:—En esa moneda y con réditos, le pagaré el alquiler de la casa y la cuenta consabida. Para que se vea hasta dónde raya la generosidad del resellado: desde entonces no ha vuelto á subir personalmente á cobrar la moneda en que le ofreció el agente pagarle el alquiler de la casa y los vidrios rotos.

Los amores de un gato.

En una noche de enero, y en la punta de un tejado, sus desventuras de amor estaba llorando un gato.

Sus ojos eran dos fuentes, ó mejor dicho, dos caños, que á través de las canales iban abriéndose paso.

—¿Qué es lo que he hecho yo, decía, para verme despreciado por esa gata, que apenas puede llegarme á un zancajo. Si con un raton la obsequio, se marcha y me deja en blanco, sin querer probar siquiera tan esquisito bocadito.

Se hace la ciega si brinco; se hace la sorda si mallo, y corre tras las caricias de un rival tuerto y sin rabo.

Juro no comer cordilla mientras dure el mes de marzo, si á la traidora no muerdo y si á su galan no arañó.

Yo haré ver á mis amigos que á pesar de hallarme flaco, ni mis uñas ni mis dientes se encuentran debilitados.

Así exclamó Micifuz, y tomando un aire trájico, se marchó dispuesto á ser el Otelo de los gatos.

Aviso á los filólogos.

Las columnas de *La Esperanza* acaban de prestar un gran servicio á los filólogos, los cuales á consecuencia de los discursos del general O'Donnell, se hallaban perdidos en un piélago de conjeturas para saber á qué lengua pertenecian ciertas palabras empleadas por el conde-duque.

Hé aquí un parrafito de *La Esperanza* que viene á dar la clave del enigma:

«Un jóven discipulo de la Oceania, ha hablado en futuna, idioma oceánico compuesto de palabras estrañas...»

(El señor Abades pide la palabra.)

Ya sabemos ahora que el duque conde habla la mayor parte de las veces en futuna, que como dice muy sábiamente *La Esperanza*, es un idioma compuesto de palabras estrañas.

Así consideramos las voces *andó, diferencia, divergencia, inocencia*, y demás derivados en *iencia*, como también las de *suicidarse á sí mismo, angla-americana, pedrominio*, plantas *parasistas* y otras que no citamos por no confeccionar un vocabulario *futuro*.

ANÉCDOTA.

En tiempo de Luis Felipe, ó de la República, lo mismo dá, se decidió un día Alejandro Dumas, uno de los hombres á quienes los salones han leído más y visto menos, á pasear sus condecoraciones en un baile del Hotel de Ville; se viste, se adorna el pecho y toma un coche. Por el camino, —porque el Hotel de Ville no estaba muy cerca de su casa, el coche no iba demasiado aprisa, y él vá tan de prisa en todo lo que escribe,—había preparado en su cabeza materiales para tres volúmenes de novela, encontrado cómo debía hacer morir á Porthos y trazado el plan de un drama en cinco actos, sin hablar de una comedilla que le habían pedido para una reunion de beneficencia en casa del pintor Gudin, según creo. Cuando llegó al salón, ya no le faltaba más que la materialidad de escribir todo esto. En la puerta del salón encontró un ugiere que le pidió su tarjeta de invitación: el autor del *Antony* la había olvidado y fué en vano que dijera su nombre, porque el ugiere le contestó: «Señor Dumas, como hombre os conozco, como lector y espectador os admiro; pero como funcionario no puedo dejaros pasar sin vuestra papeleta de invitación.»

Dumas empleó en vano el magnetismo de su palabra y el prestigio de su gloria: el inflexible ugiere solo consintió en avisar al jefe del gabinete del prefecto, que dió orden de introducir al autor del *Monte-Cristo*; y—¡oh maravilla!—cuando el ugiere volvió á decir á Alejandro Dumas que podía entrar, encontró que éste había aprovechado aquellos cortos instantes escribiendo sobre la copa de su sombrero todo lo que había pensado en el trayecto.

CANTARES.

Deja á la coqueta *Epoca*

Casaval porque es mudable;
¿Quién ha pretendido nunca
Hallar constancia en el aire?

Dicen que O'Donnell vá á dar
Su programa de Gobierno;
¿Después de la Extrema-Unión
Quién hace ni aun testamento?

O'Donnell busca quien quede
Por su heredero; tal deja
De enredada la madeja,
Que no hay quien la desenrede.

Parodiando la gracia
De Nitart con osadía;
Dice O'Donnell cada día
A las gentes de la Unión:
—«Debeis de adorarme, pues
Mirais que tengo, villanos,
El presupuesto en mis manos
Y las leyes á mis pies.»

In articulo mortis,
Segun se cuenta,
Con la Unión se ha casado
Don Juan Valera.

Dios trino y uno,
Hágalos bien casados
En el sepulcro.

Como no se halla quien quiera
Ser ministro de Marina,
Se dice que á una sardina
Se ha ofrecido la cartera.

Peor que esto, nada.

¿Qué es lo que va á pasar? Nadie lo sabe;
Y al par, todos lo temen y desean.
Esto se acaba; mas detrás... ¿qué viene?
Esta anécdota oiga quien lo tema:
«Presentóse á leer á un docto crítico,
Dos sonetos un día un mal poeta,
Cuál es mejor de entrambos preguntándole:
Y el crítico, el primero leyó apenas,
Cuando—¡el otro!—esclamó.—¡Pero si el otro
No le conoce Vd.?—dijo el babieca.
Y el crítico:—Aunque sea detestable,
Es imposible que cual este sea.»
Malo, muy malo, horrible, nebuloso
Será quizá lo que tras esto venga;
Pero habrá de ser siempre mejor que esto.
Caiga esto, pues, y venga lo que quiera.

AMAGO DE UN NUEVO DILUVIO.

Aconsejamos á todas las personas que asistan á las sesiones de los Cuerpos colegisladores que vayan provistas de un pañuelo, por lo menos, en cada bolsillo, porque si los sorprende algun discurso del señor Pastor Diaz, va á inundarse el Senado ó el Parlamento.

Parece que un chusco ha presentado en el ministerio de Fomento un proyecto grandemente humanitario para el cual pide un *brevette de invention*. El proyecto consiste en dotar á los Cuerpos colegisladores de unas barcas que podrán prestar un señalado servicio á los representantes de la patria, el día en que el señor Pastor Diaz pronuncie uno de esos discursos que son capaces de enternecer hasta las paredes.

Refiérese también que ya ha habido personas tan previsoras, que desde que se sienta el sentimental autor *De Villahermosa á la China*, en el banco azul, se han apresurado á poner la primera tabla á una nueva arca, para salvarse de un próximo y lacrimatorio diluvio universal.

Se dice también que algunos diputados y senadores, á pesar del frío de la estación, se proponen recibir algunas lecciones de natación, para en el caso de que las lanchas que se van á introducir naufraguen, pues no quieren de ningun modo perecer en una catástrofe.

Detrás de cada escaño se pondrá, por de pronto, un salva-vidas.

Hace pocos días preguntábamos á un amigo nuestro en el Congreso:

—¿Por qué el diputado N., que antes se sentaba en los primeros asientos, ocupa ahora uno de los últimos, es decir, de los más elevados?

—Estraño la pregunta,—nos contestó:—el diputado N... no sabe nadar, y como hablará hoy el señor Pastor Diaz, presume que no le sobrará la precaucion.



El Alcides financiero
de la union, sus glorias canta,
cuando visita los sótanos
entre raudales de plata.

Mas si se alegra el ministro,
el pueblo gimiendo esclama:
«Yo canto, y quien canta, ¡ay cielos!
ó rábia ó no tiene blanca.»

El señor Pastor Diaz, flamante ministro de la union reformada, ha defendido estos dias en el Senado los derechos llamados *estólidos* entre las gentes sensatas.

Damos la enhorabuena á los tontos.

Excusamos añadir, que el lacrimoso ministro ha estado en su discurso á la altura del asunto que ha tratado.

Estrella: Para fiscal
Ha circulado tu nombre;
Siempre, Estrella, fuiste un hombre
De una estrella muy fatal.
Tu estrella luce tan mal
Como un farol apagado:
Mira que vés engañado:
Detén tu marcha insegura,
Pues sinó, se me figura
Que has de acabar *estrellado*.

A Torroja se le antoja
Desde que se vé caido,
Que es un sábio perseguido.....
¡Qué cosas tiene Torroja!

Ningun tonto tira piedras
A su tejado..... Distingo;
Pues yo conozeo á un autor,
Que teniéndole de *vidrio*,
Quiere que le haga el papel
De galan don Joaquinito.



Un resellado, hombre precavido, ha encargado á un amigo suyo que se dedica á la astronomía judiciaria y demás ciencias ocultas, el horóscopo de la situacion, para saber hasta qué punto debe ó no apoyarla.

El resultado de las observaciones del astrólogo ha sido que la situacion está en menguante.

A los que se lamentan uno y otro dia de las fatales consecuencias que producen las disidencias de los partidos y el antagonismo de las personas, les diremos que de hoy más pueden entonar un *hossanna* por la maravillosa reconciliacion que se está obrando en el campo de la política. ¿Quereis la prueba?

Pues palpada:

El exaltado Luxán, nombra oficial de su ministerio al antiguo cadete de la Polonia, don Manuel Cañete.

Compensacion:

En cambio, el señor Pastor Diaz, que desarrollando el progreso á su manera, ha llegado desde moderado al uso de antaño, á neo-católico al gusto de ogaño, se lleva de subsecretario al señor Monares, antiguo patriota de Valencia; en tanto que Vega Armijo elije censor de novelas á Estrella, autor de los articulos *de los tres brazos*. ¡Cabe mayor armonia en la politica!

La union liberal bien puede esclamar, bajo su punto de vista, parodiando á Luis XIV: «Nuestra politica no reconoce Pirineos.»



Con una mano se alza las enaguas
Y con otra sostiene su paraguas:
Contemplan con asombro los humanos
Cómo una *bella* emplea las dos manos.

En medio de la invasion de todo por todos, habiase respetado, hasta ahora, el ramo de Justicia, encomendado de ordinario al régimen de hombres de sabor legal al menos; pero entre las glorias reservadas por el tiempo á la union liberal, era una la de *desgolillar* el departamento de Gracia y Justicia. Así es que no estrañaríamos mañana ver remplazado al señor Pastor Diaz por el general Ros de Olano, ó por un cómico de la legua.



La música las fieras domestica,
Y en nuestro corazon, de las pasiones
Los salvajes instintos dulcifica.

La palabra *dolora* estaba sin duda predestinada, á tomar plaza en nuestra moderna literatura.

Dificil ha sido comprender su sentido, aun despues de la esplicacion académica que hace un año dió de ella su autor.

Esto debe consistir en que el señor Campoamor no es padre natural.

Concédase la paternidad de la *dolora* al señor Pastor Diaz, y todo el mundo comprenderá su significado y su destino.

EDITOR RESPONSABLE, D Inocente Ortiz y Casado.

MADRID, 1863.—Imprenta de *Jardós*: 45, Fuencarral 23 bajo.